

«... si el hombre se ha dejado constituir
en instrumento del Espíritu»

ORACIÓN

para la devoción privada

Oh Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que tanto amaste a los hombres que nos diste tu misma vida en tu Hijo y el Espíritu Santo, viniendo los Tres a morar en nosotros; envíanos tu Espíritu, para que conozcamos el amor que nos tienes y creamos en él, de manera que nos impulse a dar la vida para la edificación de tu Iglesia Santa. Tú que hiciste a tu sacerdote JOSÉ RIVERA admirable por su confianza en tu gracia, concédenos por su intercesión el don de una vida intensa de oración y mortificación, por la que podamos gozar de la intimidad del Crucificado y salvar con Él a muchos hermanos. Que tu gloria brille en el reconocimiento de su santidad por parte de tu Iglesia. Concédenos por su intercesión el favor que ahora te pedimos... Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.



Gracias
José Rivera

SIERVO DE DIOS

JOSÉ RIVERA RAMÍREZ

sacerdote diocesano

BOLETÍN Nº. 11

TOLEDO. MAYO, 2004

De sus escritos...

No despierto hasta las 5,45. Solamente hora y cuarto de oración, ante el Señor expuesto. Bendeciré a las 6,15.

Pero celebraré tres veces la Misa de la solemnidad...

Esperanza. La enfermedad del mundo es clamorosamente perceptible. Mas el principio de salud vive en lo interior. La apariencia saludable de un enfermo no debe engañarnos; la apariencia enfermiza, la enfermedad patente de quien posee vigorosos principios de regeneración, no debe engañarnos. Nada contradictorio, puesto que se trata de niveles diversos. Y las raíces regeneran por su misma naturaleza. El Espíritu obra en el mundo. Y si late en el fondo de muchos, nada tiene de extraño que su labor nos sea oculta. El viento sopla donde quiere... Buena parte de nuestras inquietudes, desalientos, angustias, vienen del insensato deseo de sujetar al Espíritu: con nuestro juicio, nuestro control, nuestra voluntad, nuestro gusto...

Esperanza. Experimento este progreso continuo, esporádicamente interrumpido; pero real, y realmente constante, si no atiendo a jornadas particulares, sino a unidades de tiempo un tanto extensas: mes y mes. Puedo decir: cada mes constato avances en mi salud... Despacio, con desfallecimientos; mas seguido. Y acelerado. Más raudo -¡o menos lento!- paulatinamente. Espero que la fiesta de hoy -tomada como signo de una época- señale y produzca aceleración mucho más viva. Por la indigencia mía; por el deseo mío; por la enorme indigencia del universo.

Obviamente, en la medida que soy impregnado por la Unción divina, la Unción se derrama sobre otros. La Virtud divina, Personal, «sale de mí» y sana a otros... Se explica que cuando un santo llega al grado de «impregnación» en que los movimientos corporales mismos tienen como motor inmediato y total al Espíritu, pueda sanar incluso las enfermedades corporales. Es connatural: no que sane de hecho todas; sino las que el Espíritu desea sanar... Pienso más que nada en los trastornos psicósomáticos de tantos deprimidos y fóbicos, angustiados. La Paz del Espíritu sanará probablemente -seguramente- a muchos, si el hombre se ha dejado constituir en instrumento del Espíritu. De ahí la necesidad apremiante de «dejarme» empapar del Espíritu hasta las últimas zonas de mi alma y de mi cuerpo. De modo que los impulsos no sean ya míos, sino suyos.

Ciertamente el Espíritu creador y santificador me mueve para que con Él y en Cristo, cree la nueva creatura en santidad. Ciertamente es por mí y conmigo como quiere comunicarse, y comunicar sus dones: la paz, la luz, la fuerza, la sabiduría...

Responsabilidad enorme.

Y enorme la esperanza...

Y sobre todo notar: es Cristo -el Ungido- quien me comunica y comunica a los demás el Espíritu Santo. Y Jesucristo convive conmigo, para que yo conviva con Él siempre. Se trata, solamente, de intensificar esta convivencia en todos los niveles, esté donde esté. Corporal -vivir siempre cerca del sagrario- repugnancia de alejarme de él. Espiritual: vivir siempre movido por Él, de modo que vaya sintiendo la repugnancia de cualquier movimiento que no proceda de Él, de su Espíritu vivificante. Todo esto me resulta fácilmente inteligible; puesto que tengo bien experimentada, no ya la posibilidad, sino la realidad de tales repugnancias, dado que generalmente los planteamientos, y muchas veces los pensamientos, voliciones, imágenes, sentimientos, proceden en clara oposición a mis formas temperamentales, tales como han sido siempre, en atracciones y repulsas, de estos impulsos divinos, frente a los posibles y ya inoperantes impulsos naturales «que me corresponderían», a la luz de la mera naturaleza desnuda de gracia, de actividad divina.

Remato esta primera parte del Año litúrgico. Creo que en su conjunto: de Adviento a Pentecostés, siendo manifestación de mi debilidad y de mi malicia, las páginas escritas atestiguan, mucho más aún, la fidelidad del Amor de Jesús, su fuerza, su eficacia... Y que el final de esta primera parte, me deja mucho más adelante de lo que me tomé el principio.

(Diario, 10 de Junio '84, Domingo de Pentecostés)

De nuestra memoria...

Cuando una persona está centrada en Dios y vive esta relación personal con Él como un absoluto, deja muy claro que todo lo demás es relativo.

Don José ayudó a muchos a vencer esos apegos y fijaciones que, aunque no sea inmoral el objeto, impiden que aquella relación sea total como corresponde a una vida santa.

Don José tenía muchos recursos humanos que se unen a los que proporciona la gracia de estado y la santidad de vida. Uno de ellos es sin lugar a dudas, el buen humor y la capacidad de hacer reír incluso cuando uno está triste, enfadado, mustio y escalabrado, o simplemente idiota, que es algo muy corriente.

El buen humor es una herramienta pastoral para ayudar a las personas, más importante de lo que parece. Don José, con su buen humor, nos ha quitado a muchos bastantes telarañas de una personalidad desencuadrada, o simplemente que sufre por lo que no debería sufrir.

En su ayuda a los pobres también le sirvió mucho tener este talante. Voy a contar algunas anécdotas y situaciones que he vivido con él:

En cierta ocasión llegó al Seminario de Sta. Leocadia una gitana que venía de un pueblo para ver si se llevaba algo. Don José no tenía nada y yo tampoco en esta ocasión. Se le dijo que volviera otro día y tal. Entonces la gitana se puso muy seria y de manera rotunda dijo: "Bueno, pues sepa usted que el martes estoy aquí". Y entonces Don José respondió: "Muy bien, díganos a qué hora

va a llegar para salir a esperarla con la Banda de Música". La gitana, que era conocida de nosotros porque venía periódicamente, empezó a reír y dijo: "Con usted no puede ser enfadarse".

Una vez fui con él en el coche, que yo conducía, a una finca en el campo pues tenía que verse con una persona que se dirigía con él. Yo cogí bien el camino pero no recordaba bien los carriles y me equivoqué. Me volví y no sabía cuál coger; con ciertos nervios pensaba: "Este hombre que no desperdicia ni un minuto pensará que le voy a hacer perder media mañana", y le dije: "Don José me he perdido...". Él, lejos de incomodarse me dijo: "Y qué quieres que haga yo, pues te acompaño en el sentimiento". Aquello me ayudó, y qué casualidad, enseguida encontré el carril.

Una persona que a raíz de la muerte de Don José tuvo acceso a los escritos que él dejaba para ordenarlos y demás, creo que dijo al ver la preocupación que sentía porque la Iglesia no prosperaba y Dios era relegado y ofendido por tanta gente: "Cómo podrá tener tan buen humor con lo que siente por dentro...". A mí me parece que la cosa está clara. Él hacía todo lo que podía porque esto cambiara, al mismo tiempo que cargaba con esa cruz, y eso da mucha paz y paz en el Señor.

Gracias Don José, le imagino allí en el cielo dando grandes zancadas y gastando bromas.

Justo Romeralo Ballesteros, pbro.

